



CATEQUESIS DIA 21 - TRATADO [169-172]

Libertad

“En todas las épocas, desde los comienzos, pero de modo especial en la época moderna, la libertad ha sido el gran sueño de la humanidad”¹ (**Benedicto XVI**)

“La palabra ‘libertad’, bien interpretada, encierra toda la civilización cristiana”².

“*Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres.*” (**Jn 8,36.**)

“*Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor hay libertad.*” (**2 Cor 3**)

“*Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud.*” (**Gal 5,1**)

No hay libertad en el pecado

“*En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo.*” (**Jn 8, 34**)

“*Les prometen libertad, mientras que ellos son esclavos de la corrupción, pues uno queda esclavo de aquel que le vence.*” (**2 Pe 2,19**)

«La falsa libertad consiste en querer obrar a impulsos de nuestra voluntad propia, porque “haciendo lo que quería, dice San Agustín, llegaba adonde no quería”.» (**Mons. Straubinger**)

“El poder pecar no es libertad”³.

La falsa libertad no sacia

Benedicto XVI hablando de la Samaritana: «Ha tenido cinco maridos; ahora vive con otro. Se ve que hace amplio uso de su libertad y sin embargo no es más libre, sino que está más vacía», constató.⁴

“Los mandamientos constituyen, pues, la condición básica para el amor al prójimo y al mismo tiempo son su verificación. Constituyen la *primera etapa necesaria en el camino hacia la libertad*, su inicio. «La primera libertad —dice san Agustín— consiste en estar exentos de

¹ *Discurso al Pontificio Seminario romano mayor*, 20 de febrero de 2009: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 27 de febrero de 2009, p. 9.

² JULIO MEINVILLE, *De Lamennais a Maritain*, “Conclusión”.

³ LEON XIII, *Libertas* n° 7.

⁴ BENEDICTO XVI, *Visita a una parroquia romana*, 24 de febrero de 2008, Zenit, 24/02/08.



crímenes..., como serían el homicidio, el adulterio, la fornicación, el robo, el fraude, el sacrilegio y pecados como éstos. Cuando uno comienza a no ser culpable de estos crímenes (y ningún cristiano debe cometerlos), comienza a alzar los ojos a la libertad, pero esto no es más que el inicio de la libertad, no la libertad perfecta...”⁵.

No hay libertad en el error

«Decía, pues, Jesús a los judíos que habían creído en Él: “Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”.» (Jn 8, 31-32)

“«Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?». *La pregunta moral*, a la que responde Cristo, *no puede prescindir del problema de la libertad, es más, lo considera central*, porque no existe moral sin libertad: «El hombre puede convertirse al bien sólo en la libertad»⁶. *Pero ¿qué libertad?* El Concilio —frente a aquellos contemporáneos nuestros que «tanto defienden» la libertad y que la «buscan ardientemente», pero que «a menudo la cultivan de mala manera, como si fuera lícito todo con tal de que guste, incluso el mal»—, presenta la *verdadera libertad*: «La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre. Pues quiso Dios "dejar al hombre en manos de su propia decisión" (cf. **Sl 15, 14**), de modo que busque sin coacciones a su Creador y, adhiriéndose a él, llegue libremente a la plena y feliz perfección»⁷. Si existe el derecho de ser respetados en el propio camino de búsqueda de la verdad, existe aún antes la obligación moral, grave para cada uno, de buscar la verdad y de seguirla una vez conocida⁸. En este sentido el cardenal J. H. Newman, gran defensor de los derechos de la conciencia, afirmaba con decisión: «La conciencia tiene unos derechos porque tiene unos deberes»⁹¹⁰.

“A pesar de los falsos hermanos intrusos, que se habían infiltrado furtivamente, para espiar la libertad que nosotros tenemos en Cristo Jesús, a fin de reducirnos a servidumbre.” (Gal 2, 4)

“Algunas tendencias de la teología moral actual, bajo el influjo de las corrientes subjetivistas e individualistas a que acabamos de aludir, interpretan de manera nueva la relación de la libertad con la ley moral, con la naturaleza humana y con la conciencia, y proponen criterios innovadores de valoración moral de los actos. Se trata de tendencias que, aun en su diversidad, coinciden en el hecho de debilitar o incluso negar *la dependencia de la libertad con respecto a la verdad*.”

⁵ In Iohannis Evangelium Tractatus, 41, 9-10: CCL 36, 363.

⁶ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 17.

⁷ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*.

⁸ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Declaración sobre la libertad religiosa *Dignitatis humanae*, 2; cf. también Gregorio XVI, Carta enc. *Mirari vos arbitramur* (15 agosto 1832): *Acta Gregorii Papae XVI*, I, 169-174; Pío IX, Carta enc. *Quanta cura* (8 diciembre 1864): *Pii IX P.M. Acta*, I, 3, 687-700; León XIII, Carta enc. *Libertas Praestantissimum* (20 junio 1888): *Leonis XIII P.M. Acta*, VIII, Romae 1889, 212-246.

⁹ A Letter Addressed to His Grace the Duke of Norfolk: Certain Difficulties Felt by Anglicans in Catholic Teaching (Uniform Edition: Longman, Green and Company, London, 1868-1881), vol. 2, p. 250.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 34.



Si queremos hacer un discernimiento crítico de estas tendencias —capaz de reconocer cuanto hay en ellas de legítimo, útil y valioso y de indicar, al mismo tiempo, sus ambigüedades, peligros y errores—, debemos examinarlas teniendo en cuenta que la libertad depende fundamentalmente de la verdad. Dependencia que ha sido expresada de manera límpida y autorizada por las palabras de Cristo: “*Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*” (Jn 8, 32)¹¹.

«Según la fe cristiana y la doctrina de la Iglesia “solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en *estar* en la verdad y en *realizar* la verdad”¹².»¹³

“*Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que escogiere le será dado.*” (Si 15, 18)

“Al hombre —dice Kierkegaard— se le concede una elección... una elección ¿aceptarás tú querido oyente?... una elección; no entre lo rojo o verde, ni entre la plata y el oro, no, una elección entre Dios y el mundo. El hombre no solo puede elegir, sino que tiene que elegir. Terrible es la lucha, la lucha en el interior del hombre entre Dios y el mundo, y lo magnífico es que está en poder de uno la elección”¹⁴.

“María es signo luminoso y ejemplo preclaro de vida moral: «su vida es enseñanza para todos», escribe san Ambrosio¹⁵, que, dirigiéndose en especial a las vírgenes, pero en un horizonte abierto a todos, afirma: «El primer deseo ardiente de aprender lo da la nobleza del maestro. Y ¿quién es más noble que la Madre de Dios o más espléndida que aquella que fue elegida por el mismo Esplendor?»¹⁶. Vive y realiza la propia libertad entregándose a Dios y acogiendo en sí el don de Dios. Hasta el momento del nacimiento, custodia en su seno virginal al Hijo de Dios hecho hombre, lo nutre, lo hace crecer y lo acompaña en aquel gesto supremo de libertad que es el sacrificio total de su propia vida. Con el don de sí misma, María entra plenamente en el designio de Dios, que se entrega al mundo. Acogiendo y meditando en su corazón acontecimientos que no siempre puede comprender (cf. Lc 2, 19), se convierte en el modelo de todos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen (cf. Lc 11, 28) y merece el título de «Sede de la Sabiduría». Esta Sabiduría es Jesucristo mismo, el Verbo eterno de Dios, que revela y cumple perfectamente la voluntad del Padre (cf. Hb 10, 5-10).

María invita a todo ser humano a acoger esta Sabiduría. También nos dirige la orden dada a los sirvientes en Caná de Galilea durante el banquete de bodas: “*Haced lo que él os diga*” (Jn 2, 5).

¹¹ *Veritatis Splendor*, 34.

¹² Discurso a los participantes en el Congreso internacional de teología moral (10 abril 1986), 1: *Insegnamenti IX*, 1 (1986), 970.

¹³ *Veritatis Splendor*, 84.

¹⁴ S. KIERKEGAARD, *Los lirios del campo y las aves del cielo*. Págs. 96-99

¹⁵ *De Virginitibus*, lib. II, cap. II, 15: PL 16, 222.

¹⁶ *Ibid.*, lib. II, cap. II, 7: PL 16, 220.



María comparte nuestra condición humana, pero con total transparencia a la gracia de Dios. No habiendo conocido el pecado, está en condiciones de compadecerse de toda debilidad. Comprende al hombre pecador y lo ama con amor de Madre. Precisamente por esto se pone de parte de la verdad y comparte el peso de la Iglesia en el recordar constantemente a todos las exigencias morales. Por el mismo motivo, no acepta que el hombre pecador sea engañado por quien pretende amarlo justificando su pecado, pues sabe que, de este modo, se vaciaría de contenido el sacrificio de Cristo, su Hijo. Ninguna absolución, incluso la ofrecida por complacientes doctrinas filosóficas o teológicas, puede hacer verdaderamente feliz al hombre: sólo la cruz y la gloria de Cristo resucitado pueden dar paz a su conciencia y salvación a su vida.

María,
Madre de misericordia,
cuida de todos para que no se haga inútil
la cruz de Cristo,
para que el hombre
no pierda el camino del bien,
no pierda la conciencia del pecado
y crezca en la esperanza en Dios,
«rico en misericordia» **(Ef 2, 4),**
para que haga libremente las buenas obras
que Él le asignó **(cf. Ef 2, 10)**
y, de esta manera, toda su vida
sea «un himno a su gloria» **(Ef 1, 12)**¹⁷.

¡Ave María y adelante!

¹⁷ *Veritatis Splendor*; 120.